

# HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA ECUATORIANA

Philipp Altmann\*

## Resumen

La sociología ecuatoriana se define por sus rupturas radicales. En varias ocasiones, cambios personales, institucionales, políticos y epistemológicos llevaron a un comienzo nuevo y una actitud de *tabula rasa*. Con eso, se imposibilitó discutir y superar las fases anteriores. Este texto argumenta que también existen continuidades que valdría la pena explorar para enriquecer el debate sociológico actual. Las continuidades se presentan en un conjunto de temas que definieron a la sociología ecuatoriana desde el comienzo y que siguen importantes en la actualidad. Los temas se entienden en el sentido de Nisbet como unit-ideas, o sea ideas básicas que definen campos de debate. Estos temas son: la población indígena y la sociología rural, democracia y populismo, desigualdad y clases sociales, el marxismo.

**Palabras clave:** Historia de la sociología, población indígena, populismo, desigualdad, marxismo

## Abstract

*Ecuadorian sociology is defined by its radical ruptures. On several occasions, personal, institutional, political and epistemological changes led to a new beginning and a tabula rasa attitude. With that, it was impossible to discuss and overcome the previous phases. This text argues that there are also continuities that would be worth exploring to enrich the current sociological debate. The continuities are presented in a set of themes that defined Ecuadorian sociology from the beginning and that continue to be important today. Themes are understood in Nisbet's sense as unit-ideas, that is, basic ideas that define fields of debate. These themes are: the indigenous population and rural sociology, democracy and populism, inequality and social classes, Marxism.*

**Keywords:** History of sociology, indigenous population, populism, inequality

\* Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, de la Universidad Central del Ecuador.

Correo: paltmann@uce.edu.ec

ORCID: 0000-0002-5036-2988.

Fecha de recepción: 25 de Marzo 2022

Fecha de aprobación: 15 de Junio 2022

## Introducción

La sociología ecuatoriana, en cuanto disciplina académica, puede parecer una sociología sin pasado. Esto tiene su trasfondo en las múltiples y radicales rupturas que se dieron y que incluyeron un olvido acerca de lo que anteriormente se trabajó. En los intentos de modernizar a la sociología durante los 1960 quedó poco de la primera sociología forjada en los 1910 y 1920, la sociología crítica desde los 1960 tardíos ignoró casi por completo las tradiciones anteriores y la sociología actual, desde 2010, reduce su lectura de sus antecesores a referencias centrales que, como en el caso de Agustín Cueva Dávila y Bolívar Echeverría, desarrollaron la mayor parte de su pensamiento fuera del Ecuador. También las fuertes divergencias epistemológicas (positivismo vs. materialismo) y políticas (cercanía al Partido Liberal vs. cercanía a la izquierda radical) entre las generaciones hacen complicado establecer continuidades e influencias por encima de las rupturas.

Una sociología de la sociología (a diferencia de una historia de la sociología con sus tendencias idealistas y personalistas) puede ser un camino para releer la sociología ecuatoriana. Existen, obviamente,

varios acercamientos interesantes. Se podría, por ejemplo, estudiar la historia de los intelectuales que hacen sociología (Prieto, 2004; T. Quevedo, 2021), los discursos sociológicos y sus objetos fundamentales (Polo Bonilla, 2012), la formación y los cambios de las instituciones involucradas (Altmann, 2020; Sarzoza, 2014), la relación entre sociología y otros ámbitos de la sociedad (Altmann, 2017), la posición del Marxismo en el desarrollo de la sociología (Chávez, 2021) y mucho más. Pero estos acercamientos tienden a pronunciar las rupturas. El presente texto intenta establecer temas que definieron a la sociología ecuatoriana desde la primera cátedra de sociología en 1915 hasta la década de los 1990. De esta forma pretende no guiarse por fronteras ideológicas o epistemológicas, sino por temas particulares que contienen tradiciones y continuidades. Esta noción de “temas” sigue al concepto de “unit-ideas” (Nisbet, 1993, p. 5) sin caer en las trampas de la visión ahistórica y centrada en Estados Unidos de Nisbet. Se trata de ideas que atraviesan a toda la tradición sociológica y que son tratadas por diferentes escuelas y generaciones de formas diferentes. Eso permite buscar las conexiones entre personas que pueden parecer opuestas. Si

es por las aspiraciones políticas, las necesidades de entorno social, una cultura intelectual persistente u otros factores, la sociología ecuatoriana tiene mayor continuidad que las sociologías europeas o norteamericanas en cuanto a los temas que considera relevantes. Pero es importante destacar que esta continuidad es diferente de la que tiene la sociología del Norte Global: la sociología ecuatoriana fue, al menos hasta los 2000, una sociología histórica y una macrosociología. Esto significa que temas fundamentales en el Norte Global, como la familia, roles sociales, criminalidad, organizaciones, son prácticamente ausentes de la tradición ecuatoriana. Otros temas existen aquí pero no en el Norte Global, por ejemplo, el continuado interés por la población indígena, vinculado con la sociología rural. Y otros son más fuertes aquí y se basan en diferentes ideas, como el debate sobre la democracia, el regionalismo, las clases sociales.

### **La población indígena y la sociología rural**

La población indígena y la situación en el campo ecuatoriano siempre fueron preocupaciones de la sociología ecuatoriana. Eso está relacionado a la ubicación geográ-

fica de la mayor parte de la sociología académica – la Sierra con su población indígena considerable y Quito y Cuenca en ella fueron y siguen siendo lugar de trabajo de la mayoría de los y las sociólogos/as profesionales en el país. También la orientación política de la sociología ecuatoriana -primero, el reformismo liberal, después, las diversas tendencias del marxismo revolucionario- aportan al interés especial en la población indígena. Así, Leónidas García Ortiz, uno de los pioneros de la sociología en el Ecuador, destaca la situación de miseria y servidumbre y el sentimiento de humillación de los indígenas dentro de un sistema de dominación esclavista (García, 1906, p. 29). Pretende cambiar esta situación a través de una mejora de las condiciones laborales y de vida, así como de educación (García, 1906, p. 30).

Este acercamiento es concretizado en los debates sobre el concertaje entre Belisario Quevedo y Agustín Cueva Sáenz. Quevedo, en una interpretación materialista, dice: "El concertaje como es una forma de relación económica plenamente bárbara, implica de modo necesario un estado rudo e ignorante en la técnica y en los procedimientos de la producción." (B. Quevedo, 1913, p. 61) La servidumbre como

forma de relación social afecta a toda la sociedad y se reproduce en la política, la religión, la academia. Cueva Sáenz<sup>1</sup>, el primer catedrático de sociología en el Ecuador<sup>2</sup>, amplía esta idea con reflexiones sociológicas. Después de rechazar la raza como factor de explicación, siguiendo a Spencer, Tarde y Durkheim (Cueva Sáenz, 1915, p. 47), desarrolla, basándose en el organicismo spenceriano, leyes de la sociedad contra las cuales está atentando el estado ecuatoriano. Destaca que “la aptitud para imitar y absorber los modelos de la herencia social es el gran resorte de la civilización de los hombres y a esa aptitud le hemos puesto vallas, manteniendo calculadamente la ignorancia del indio.” (Cueva Sáenz, 1915, pp. 48–49) En este sentido, el concertaje impide la formación de una sociedad integrada y de una nación propia. Su solución, que también informaba su actividad política, fue la abolición de la prisión por deudas, la instalación de un patronato de jornaleros y la creación de escuelas especiales para la población indígena (Cueva Sáenz, 1915, p. 58).

Hay que mencionar también las posiciones abiertamente racistas, aunque sean pocas. Jesús Vaquero Dávila aboga por una mestización racial a través de una educación que sigue al principio que “la forma de atender a su regeneración espiritual y orgánica, es la de depurarla de sus ancestrales residuos psicológicos.” (Vaquero Dávila, 1928, p. 344) Además, según él, el país necesita “de frecuentes inyecciones de sangre robusta y generosa, para entonar con nuevas mestizaciones étnicas sus cuadros vivos, monótonos y de escasa virilidad racial.” (Vaquero Dávila, 1928, p. 346)

Las reflexiones de Cueva Sáenz son retomadas por Víctor Gabriel Garcés, profesor de sociología en los 1930 y los 1960. Mientras que rechaza a Spencer, combina a Tarde, Durkheim y Simmel para argumentar que se necesita facilitar que los indígenas entren en acción recíproca con los blancos para que puedan imitarlos y así adaptarse a la sociedad mestiza. Como un mayor grado de integración en la sociedad aumenta la necesidad de adaptación, aboga por una

<sup>1/</sup> A veces aparece como Cueva Sanz.

<sup>2/</sup> Con interrupciones por su trabajo político dio esta materia en la Facultad de Jurisprudencia y Sociología de la Universidad Central del Ecuador entre 1915 y 1931.

mejor educación para los indígenas y otros apoyos que ayuden a la imitación en tanto fuerza social (Garcés, 1932a, pp. 528–529). Una mayor coherencia étnica y cultural en el país llevaría a una mayor simpatía socializadora entre sus ciudadanos – y, por consecuente, a la formación de una verdadera nación ecuatoriana (Garcés, 1932b, p. 167).

El sociólogo cuencano Luis Monsalve Pozo retoma Garcés en un panorama imponente de la situación de los indígenas en 1942. Su libro es altamente complejo no solo por el intento de abarcar a todos los aspectos de los pueblos indígenas, sino sobre todo por su particular uso de las amplias referencias teóricas. Éstas incluyen los clásicos de la sociología de este momento, intentan darle una interpretación marxista al tema general del libro y usan por primera vez en un texto académico en el Ecuador referencias a Mariátegui – pero no van más allá de simples menciones, citas textuales y descripciones anecdóticas (Monsalve Pozo, 1943).

Con la sociología crítica marxista de los 1970 cambia la perspectiva. Ya no se trata de una posición paternalista que pretende mejorar a los indígenas, sino del intento

de releer la historia de la sociedad ecuatoriana desde el materialismo histórico, incluyendo la relación con la población indígena. Fernando Velasco plantea la necesidad de “replantear [...] los análisis sobre el proceso de formación histórica de la sociedad ecuatoriana” (Velasco Abad, 1975, p. 63). Pero este esfuerzo no es de simple interés académico. Más bien, “se inscribe en el proceso de forja de las armas teóricas que ligadas a una práctica revolucionaria impulsa la construcción del socialismo en Latinoamérica.” (Velasco Abad, 1975, p. 63) En eso importa especialmente la inserción de la América Latina colonial en el capitalismo naciente (Velasco Abad, 1975, pp. 64–65). Se forma una estructura económica concentrada en la minería y basada en el patrón incásico de explotación de fuerza de trabajo. Para Velasco Abad, se trata de una formación social que es producto de imbricación “de varios modos de producción, siendo uno el hegemónico” (Velasco Abad, 1975, p. 71). La recolección de tributos y las formas de organización social y de producción asociadas, como la encomienda o los obrajes, se basan en el rol de la comunidad y de la economía de subsistencia en “el proceso de reposición de la fuerza de trabajo” (Velasco Abad, 1975, p. 78). De esta forma, la sobreex-

plotación local masiva se puede sostener durante un tiempo prolongado y ayudar al capitalismo global a "satisfacer sus necesidades de acumulación." (Velasco Abad, 1975, p. 80) Ya durante la colonia se constituye un capitalismo global con mecanismos de dependencia o "un sistema de acumulación de capital en beneficio de los centros más avanzados que son los polos integradores del mecanismo." (Velasco Abad, 1975, p. 82) Paradójicamente, es justamente este hecho colonial y esta forma particular de integración en el capitalismo global que perpetua formas de producción premodernas. El racismo contra los indígenas justifica esta explotación y los constituye en clase subordinada y etnia dominada (Velasco Abad, 1975, p. 89). Los posteriores cambios reemplazan la encomienda por la hacienda y la mita y reducen la interdependencia interna de América Latina en favor de las relaciones directas con la metrópoli. Constituyen las "contradicciones internas de una formación social que evoluciona estructuralmente condicionada" (Velasco Abad, 1975, p. 109) cuyo estudio puede explicar la sociedad contemporánea.

Poco después, Guerrero y Quintero estudian el rol del estado en la

lucha de clases durante la colonia tanto a nivel de la estructura económica como a nivel de la superestructura política e ideológica (Guerrero & Quintero, 1977, pp. 611–612). Para ellos, esta relación es compleja por la falta de un modo de producción dominante que implica la falta de una clase dominante específica (Guerrero & Quintero, 1977, p. 614). Justo por eso "el Estado se constituye como factor de cohesión y de unidad de las diversas formas de producción" (Guerrero & Quintero, 1977, p. 617). La población indígena es integrada en estos procesos en cuanto "entrelazamiento y reeducción de formas de poder indígena con el hecho colonial" (Guerrero & Quintero, 1977, p. 620). Eso facilita tanto la explotación como la reproducción de la fuerza de trabajo indígena. El intento estatal de regular aquello explica el paso de la encomienda al tributo y las formas asociadas de producción. La instalación de la Real Audiencia es un primer momento de articulación en este sentido y lleva a la constitución de un bloque colonial -adaptación de un concepto de Gramsci- en el sentido de una configuración particular de clases sociales. El resultado para los indígenas es una diversificación por la acción del estado acompañada de una disolución de relaciones

comunales – no pueden mantener sus formas de organización locales y tampoco pueden constituirse en clases sociales. Se convierten en masas indígenas que forman “el aspecto principal de la reproducción de la sociedad colonial en su conjunto.” (Guerrero & Quintero, 1977, p. 662).

Esta visión histórica y holística es complementada por trabajos que se enfocan específicamente en el movimiento indígena. Destaca el trabajo de Manuel Chiriboga que ya tempranamente reconoce el rol de territorialidad e identidad para los indígenas y la necesidad de la creación de “un Estado y Sociedad plurinacional” (Chiriboga, 1983, p. 124). Otros textos suyos se caracterizan por un amplio conocimiento del movimiento indígena (Chiriboga, 1986, 1987). Alicia Ibarra logra conectar el estudio del movimiento con el paradigma dominante de la sociología de la época. Ella describe cómo la sociedad y la política ecuatorianas cambian desde los 1960 de una segregación y ocasional incorporación de la población indígena hacia el “imperativo de crear nuevos medios integrativos que recoja elementos sobre la cultura popular o nacional de carácter político e ideológico.” (Ibarra Illánnez, 1986, p. 127) De esta forma,

el estado intenta garantizar las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. No obstante, este esfuerzo se frena desde fines de los 1970 con la paralización de la reforma agraria, y la creciente represión del estado. Estos problemas son complementados a comienzos de los 1980 por la crisis de deudas internacionales, especialmente, del Fondo Monetario, que exige reducir el gasto público. Ibarra Illánnez destaca en este contexto las protestas en el 1982. Permitieron superar la creciente división del movimiento indígena, especialmente el debilitamiento de las organizaciones clasistas acompañado del surgimiento de las organizaciones etnicistas. En estas ocasiones se presentó un “conjunto de reivindicaciones específicas tanto de carácter clasista como etnicista” (Ibarra Illánnez, 1986, p. 129). El estado intentó explícitamente conectarse con la fracción etnicista del movimiento a través de una política neo-indigenista que intenta presentar lo étnico-cultural como apolítico y separado de la sociedad. Demandas como participación, autodeterminación y autonomía son así cooptadas en un proyecto modernizante (Ibarra Illánnez, 1986, p. 137). Vale la pena destacar que Ibarra Illánnez estuvo en posiciones influyentes del Instituto Indigenis-

ta Ecuatoriano a principios de los 1980, durante una época que se destaca por apoyar la autoorganización del movimiento indígena e invitaciones de intelectuales como Guillermo Bonfil Batalla.

Aun así, el levantamiento indígena de 1990 vino como una sorpresa para la sociología ecuatoriana. Algunos tempranos intentos de contextualización como Moreano (1993) o Cueva Dávila (1993) cuentan con un estado del arte sorprendentemente amplio, pero no logran las innovaciones conceptuales necesarias para entender la nueva realidad. Después de una fase de relativamente poca investigación, con excepciones como León Trujillo (1994), desde principios del siglo XXI el movimiento indígena se convirtió en uno de los temas de investigación más importantes del país (S. Herrera, 2020).

En esta línea temática, se puede observar una tendencia doble: primero, la comprensión de los indígenas se mueve de la idea de un grupo necesitado de protección como era usual hasta los 1960 y 1970 hacia la idea de los indígenas como una parte integral de la sociedad ecuatoriana en los 1970 y 1980. Segundo, en los 1980 se cambia el foco de los indígenas en

general hacia el movimiento indígena como actor político en específico.

## Democracia y populismo

El debate sobre la democracia y su funcionamiento concreto es otro tema central de la sociología ecuatoriana. Quizá el primero en desarrollar una postura clara que vaya más allá de una crítica social generalizada como en Espinosa Tamayo (1979) es Víctor Gabriel Garcés. En un texto temprano establece el mito como elemento fundamental de los “tamices de espíritu y de reglas normativas de [la] conciencia” (Garcés, 1934, p. 216). En este sentido y basándose en la idea de sinergia según Ward, conciencia de la especie según Giddings, la importancia de la rivalidad entre los pueblos según Gumpowicz y el trabajo de Cornejo, Durkheim, Freud y otros, ubica al mito como justificación de la fraternidad en la sociedad. A diferencia de lo que se podría creer, sigue importante en la modernidad: “El mito supervive precisamente por esta situación social que lo caracteriza: por su expansión dinámica y siempre afectiva.” (Garcés, 1934, p. 222) Su carácter emocional más que racional le permite conectarse con otros elementos manteniendo las mismas características esencia-



les. De esta forma, el mito sigue dominando socialmente “como una fuerza emotiva, motor afectivo indiscutible que acciona en las colectividades haciéndolas proceder conforme a sentimiento, no conforme a razón.” (Garcés, 1934, p. 226) A partir de este desarrollo, Garcés entiende la democracia, en cuanto voluntad del pueblo, como un mito que en cada pueblo tiene características diferentes. En América Latina, por su tendencia hacia la afectividad y su fuerte sentimiento religioso, se trata de una democracia mítica que alza hombres y no ideas. Garcés propone contrarrestar eso con educación para las masas.

En un folleto de 1938, Humberto García Ortiz hace una revisión de las teorías del estado y de la democracia para llegar a la distinción del pueblo-sujeto en el sentido legal y el pueblo-objeto en el sentido biológico. En consecuencia y siguiendo el argumento de Alfred Weber demanda una extensión de la democracia que permita hacer el paso de una democracia limitada a una democracia integral que incluye también lo económico (García Ortiz, s/f, p. 64).

Luis Bossano, profesor de Sociología en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central

entre 1937 y los años 1960, moderniza los conceptos sociológicos en 1962. Parte de la idea de que la sociedad ecuatoriana se convirtió en una sociedad de masas, caracterizada por un aumento de la población y de la esperanza de vida. Este fenómeno lo lleva a plantear la necesidad de “volver [...] al análisis por lo menos de lo esencial de la concepción malthusiana” (Bossano, 1962, p. 9). Un efecto es la formación de una masa social integrada, relacionada a industrialización y urbanización y definida por una mayor actividad política. Con eso, Bossano entiende a la ciudad como “foco máximo de condensación y de irradiación de las actividades políticas.” (Bossano, 1962, pp. 11–12) En este contexto se desarrollan los partidos políticos, separados por sus doctrinas. Siguiendo al sociólogo mexicano Mendieta y Núñez, estos partidos están definidos por sus dirigentes que intentan controlar las masas a su alcance. Dirigentes y masas se distinguen por su inteligencia y el grado de su preparación, “todo un mecanismo de dispositivos encadena la sujeción de las masas a los designios de sus conductores.” (Bossano, 1962, p. 18) Un aspecto central en ello es la propaganda y los incentivos económicos para las masas, como

explica Bossano con referencia a Wright Mills. Eso puede transformarse en una forma caudillista y demagógica que intenta engañar a las masas con esperanza no fundamentada y por ello prefiere masas amorfas y sin educación. En cuanto que esta forma de política llega al poder, se dedica al aumento de puestos burocráticos y obras públicas, lo que causa problemas económicos al estado. Con eso forma una “valla poderosa para el movimiento y el desarrollo de los partidos políticos.” (Bossano, 1962, p. 25) Mientras Bossano no lo menciona, se puede ver en esta descripción una crítica al estilo político de Velasco Ibarra cuya cuarta presidencia fracasó poco antes. Justamente por las características de la sociedad moderna, especialmente la tecnología de comunicación y la aglomeración en las ciudades, estos demagogos son típicos de la sociedad de masas. Es aquí donde Bossano puede actualizar uno de los clásicos de la sociología ecuatoriana temprana. “El poder de la sugestión va dilatándose en ondas crecientes con fuerza máxima y algunas formas de imitación de aquellas señaladas por Gabriel Tarde consolidan la raíz y el contorno de una conciencia colectiva” (Bossano, 1962, p. 33). Como este proceso pasa sin reflexión, la

élite intelectual tiene que luchar por sustentar los derechos humanos en la conciencia social y por aumentar el nivel general de la educación de las masas. Hay que destacar que Bossano mismo no tuvo mayores reparos en colaborar abiertamente con la dictadura militar de 1963 a 1966. Después ya no trabajó más en la universidad (Egas, 1990, p. 76).

Con la sociología crítica de los 1960 tardíos, el tratamiento del problema cambia. Agustín Cueva Dávila, director de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas entre 1967 y 1970, es pionero en el debate sobre el populismo. Con base en datos históricos más concretos, Cueva analiza la campaña política que llevó a la primera presidencia de Velasco Ibarra de 1934 a 1935. Para él, el particular estilo de Velasco Ibarra se pudo imponer debido a una profunda crisis de los partidos tradicionales y el surgimiento de un subproletariado urbano producto de los cambios sociales de esta época que produjo una “situación de masas” (Cueva Dávila, 1970, p. 715). De esta forma, el velasquismo se presenta como un “compromiso histórico entre un sistema cuya constante es la dominación oligárquica, y una situación caracterizada [...] por la irrupción de las

masas en la vida política” (Cueva Dávila, 1970, p. 734) Cueva Dávila también incluye en sus reflexiones la corta duración de las presidencias de Velasco Ibarra. Para él, se trata de “un elemento conservador del orden social, altamente funcional por haber permitido al sistema absorber transitoriamente sus contradicciones más visibles y superar en bajo costo sus peores crisis, manteniendo una fachada democrática y hasta con aparente consenso popular.” (Cueva Dávila, 1970, p. 720) Poco después de publicar el texto, Cueva Dávila salió del Ecuador. Durante su trabajo en Chile y, posteriormente, en México, iba a profundizar esta reflexión, por ejemplo con *El proceso de dominación política en Ecuador*, publicado en 1972.

El debate continuó en el Ecuador. Esteban del Campo, profesor en la Escuela de Sociología de la Universidad Central, siguió la línea argumentativa de Cueva Dávila. Para él, “[e]l populismo ecuatoriano es producto de la crisis que atraviesa la sociedad ecuatoriana desde 1920” (del Campo, 1978, p. 1103), en concreto, la combinación del surgimiento político de las masas populares, la crisis de la hegemonía oligárquica y la creciente influencia de las ciudades. Resultado de la debilidad de las clases

medias y la fuerte migración del campo hacia la ciudad como consecuencia de la crisis del cacao en los 1920 tempranos, Velasco Ibarra establece una “[n]ueva fórmula que buscan los sectores oligárquicos para relacionarse con las masas” (del Campo, 1978, p. 1103). Ésta fórmula incluye que las masas populares se constituyeron como “la única fuente real de poder personal autónomo y [...] la más importante fuente de legitimidad del Estado.” (del Campo, 1978, p. 1111). La oligarquía tradicional se mostró incapaz de controlar a estas masas que, además, estaban en proceso de unificación por “su vinculación a la economía urbana y su presencia política.” (del Campo, 1978, p. 1113) Velasco Ibarra logra integrar estas masas en su proyecto político no en la forma de una participación real, sino de una representación a través de una participación electoral que no pone en duda al sistema político – pero que tampoco neutraliza su capacidad de presionar sobre el estatus quo oligárquico (del Campo, 1978, p. 1109). El resultado es una alianza tácita de clases que no pone en duda las reglas del juego político (del Campo, 1978, p. 1115). Esta constelación particular comienza a cambiar con el boom del banano y la modernización de estado y economía que produce.

Rafael Quintero se basa en material histórico más amplio. Rechaza la centralidad de la campaña electoral o del carisma del líder en la victoria de Velasco Ibarra en las elecciones de 1934 (Quintero, 2018, p. 183). El secreto de su éxito descansa más bien en la profesionalización del Partido Conservador y su participación en las elecciones en este momento (Quintero, 2018, p. 184). Con eso, Quintero rechaza la tesis de la situación de masas – mientras acepta la formación de un subproletariado urbano fuera del control de las élites, destaca que eso aun no era el caso en 1933. Recuerda que este subproletariado era en su gran mayoría analfabeta y por lo tanto no tenía derecho de voto (Quintero, 2018, p. 194). Los votos decisivos para Velasco Ibarra no venían de Guayaquil y la costa, sino de la ruralidad serrana y ahí especialmente a la pequeña burguesía rural y los terratenientes. Finalmente, desmiente la idea que el velasquismo fue un movimiento en contra de los partidos políticos establecidos. El primer velasquismo fue producto de una “creciente sofisticación del Partido Conservador” (Quintero, 2018, p. 202). De esta forma, nunca hubo una falta de control político sobre el subproletariado.

El análisis más completo de Maiguashca y North es un punto final en este debate. Confirman que el primer velasquismo surge en una profunda crisis política y económica. Pero contradicen a Cueva y Quintero en cuanto que “[e]l Ecuador del período velasquista no es una sociedad capitalista y, por lo tanto, no puede ser una sociedad de clases plenamente conformadas.” (Maiguashca & North, 1991, p. 93) Más bien, entienden la lucha de clases como condición de la formación de clases sociales. Una parte de ello es la debilitación de la economía de la plantación y la reinterpretación local de ideas sindicalistas y comunistas pero también el aumento de importancia y los grados de organización de los trabajadores artesanales y empleados públicos (Maiguashca & North, 1991, p. 100). A estos grupos apeló el velasquismo dado que “[e]l mensaje de Velasco expresó el agravio y la protesta en términos tradicionales, y no en los de una sociedad de clases modernas.” (Maiguashca & North, 1991, p. 109) La profunda modernización de la sociedad y economía ecuatoriana desde los 1950 cambia el panorama. “La experiencia fue eminentemente desordenadora, desorganizada y atomizadora.” (Maiguashca & North, 1991, p. 122) No obstante, la participación

electoral de los migrantes internos fue poco relevante hasta 1968 y los partidos políticos seguían siendo “grupos clientelares y no [...] partidos modernos.” (Maignushca & North, 1991, p. 137). Desde 1968 fueron reemplazados por “[p]ortadores de nuevos mensajes políticos” (Maignushca & North, 1991, p. 143), llevando a un debilitamiento del velasquismo.

Después de este momento, el debate sigue de una forma menos conflictiva (por ejemplo: Quintero, 2004) y buscando la aplicación de los conceptos elaborados a una realidad política más cercana (un ejemplo muy actual es Vásquez, 2022). La presentación de este tema muestra como el debate se vuelve más denso, incluyendo refutaciones y críticas directas y como adquiere una base empírica más relevante, sin perder la creatividad conceptual que destaca desde Garcés.

## Desigualdad y clases sociales

Otro tema es el debate sobre la desigualdad y clases sociales. Ya García llama la atención, con un argumento krausista, sobre la necesidad de una armonía entre las clases sociales (García, 1906, p. 11). Es Espinosa Tamayo quien hace un primer intento de análisis

de la estructura de clases en el Ecuador. Explica que por falta de comercio y profesiones libres no se formó una clase media durante la colonia que llevó a la oposición entre clase dirigente, caracterizada por consistir de propietarios y letrados, y clase popular, generalmente con poca educación. En la república, la situación cambia en tanto que se comienza a formar una clase media intermediaria. Eso tiene un impacto en la estructura de clases como tal – partes de la clase media, específicamente, la clase intelectual, se encargan de manejar el estado y la clase dirigente se convierte en una “plutocracia que dirige sin mandar” (Espinosa Tamayo, 1979, p. 205). Esta clase intelectual es definida de forma muy amplia. Se trata de “todos cuantos hacen de su cerebro un instrumento de trabajo” (Espinosa Tamayo, 1979, p. 206). A partir de este diagnóstico, Espinosa Tamayo hace una revisión general de las clases sociales en Ecuador -nada favorable para ninguna de ellas- y llega a la conclusión que en “la formación de las clases sociales, influye por mucho la descendencia y el color de la piel.” (Espinosa Tamayo, 1979, p. 210)

Bossano, más de una década después, retoma ciertos elementos

que ya aparecen en Espinosa Tamayo y se enfoca en la “moralidad como eje director de las costumbres” (Bossano, 1930, p. 61) Para él, las clases sociales están en esta época en proceso de diversificación, especialmente la clase media está aumentando (Bossano, 1930, pp. 63–64). Y justamente en cuanto a la moral, la clase media, incluida la clase intelectual, va mal: es “sin escrúpulos ni virtudes cívicas, desorientada y corruptora de todas las conciencias, de la juventud y de las masas.” (Bossano, 1930, p. 65) Por ello no ha podido cumplir con su rol director de las clases bajas (Bossano, 1930, p. 67). Bossano ve como posibilidad de mejora el trabajo bien remunerado que sigue a las normas éticas correspondientes (Bossano, 1930, pp. 69–70). “La obra que eleve y endurece estas inteligencias incultas, que las moralice y las defienda de todas las influencias internas y externas [...] debe ser nuestro principio acendrado de rendición” (Bossano, 1930, p. 63).

Ángel Modesto Paredes dedica su último libro sociológico a las clases sociales. Critica a la teoría marxista por no considerar la población completa y por ignorar los aspectos psicológicos (Paredes, 1953, p. 11). Discute a Gino Germani cuya teoría carece de valor

explicativo para Paredes y Alfredo Poviña que permite entender mejor la conciencia de cada clase (Paredes, 1953, p. 14). Paredes transforma eso en la “conciencia de idénticos intereses” (Paredes, 1953, p. 15) que constituye lo que Franklin Giddings llama la conciencia de la especie. Esta conciencia de la especie se basa en estímulos compartidos y se desarrolla desde el comienzo de la humanidad (Paredes, 1953, p. 26). Paredes se mantiene coherente con su pensamiento en insistir en la influencia biológica que el grupo ejerce sobre el individuo: “los aparatos funcionan correctamente sólo dentro del propio papel encomendado, dedicándose a su función específica y modificando hacia ese fin las formas orgánicas y los medios de actuar.” (Paredes, 1953, pp. 29–30) En este sentido, “las clases sociales son obra espontánea de la naturaleza” (Paredes, 1953, p. 31) y producto de la diversificación inherente al desarrollo natural de cada grupo humano suficientemente grande (Paredes, 1953, p. 35). Conforme que se desarrollan, también se diferencian en cuanto a su psicología compartida, se ubican “en una horizontal distribución, como mosaico de realizaciones. La vida matizada y dirigida por inspiraciones muy varias, pero no contradic-

torias ni opuestas, sino concurrentes.” (Paredes, 1953, p. 38) Lo que preocupa a Paredes no es tanto la desigualdad natural de la sociedad, sino la existencia de grupos marginales: desposeídos, maltratados y privados de sus derechos. La explotación de estas personas significa para Paredes una forma de parasitismo (Paredes, 1953, p. 43).

Es recién con la modernización de la sociología ecuatoriana en la segunda mitad de los 1950 que se introducen otras formas de concebir las clases sociales. César Astudillo desarrolla en el Primer Congreso de Sociología Ecuatoriana en 1957 de la idea de una formación de clases a partir de conflictos tribales, en el sentido de Gumplowicz. Conforme que se desarrolla el estado, “se intensifica la división del trabajo” (Astudillo, 1959, p. 257). Por lo tanto, “la estratificación social se crea por la violencia, es soportada o aceptada por la debilidad o inercia y mantenida por la fuerza, sea cual fuera su forma de manifestarse (fuerza material, fuerza de las circunstancias o fuerza del derecho).” (Astudillo, 1959, pp. 258–259) Los integrantes de cada clase comparten circunstancias determinadas, como la economía o la educación, por lo tanto existe, como en Paredes,

una identidad de estímulos que se traduce en una identidad de intereses. De esta forma, Astudillo llega, a diferencia de Paredes, a un modelo de pirámide de la organización de clases sociales donde la clase social es definida como

“un conjunto más o menos homogéneo de personas que se mantienen cohesionado por caracteres comunes de tipo económico e histórico y por la conciencia de sus elementos, referentes a que son iguales entre sí, teniendo [...] una determinada ubicación en el ordenamiento jerárquico del grupo poblacional a que pertenece” (Astudillo, 1959, p. 264)

El resultado de esta constelación es la posibilidad de una solidaridad espontánea en cada clase. Al mismo tiempo, Astudillo integra los clásicos de la sociología contemporánea como Pareto y Sorokin para incluir la movilidad social y la presión hacia arriba y la resistencia hacia abajo. Dado que la desigualdad social siempre significa formación de clases, para Astudillo existe en el Ecuador una clara organización clasista desde la época preincaica. Pero no rompe completamente con la tradición de Paredes. Para él, “las

clases son producto bio-sociales que se manifiestan de hecho en cada comunidad a base de pre-tensión, desigualdad económica, prejuicios y costumbres” (Astudillo, 1959, pp. 275–276).

Con el surgimiento de la sociología crítica marxista, cambia la perspectiva sobre las clases sociales. Debates sobre cuáles clases existen o si se puede hablar de clase social terminan. Desde la concepción marxista, la pregunta es más bien cómo se expresa la lucha de clases y cómo se desarrollan las dos clases principales: la burguesía y el proletariado. De esta forma, el análisis de clase se convierte en un eje transversal que atraviesa todos los temas de la sociología ecuatoriana. Un ejemplo claro es el texto de Moreano (2018), publicado por primera vez en 1975. Para él, la burguesía ecuatoriana se consolida hasta los 1920 alrededor de la definición de “las bases monopólicas de la acumulación agrocomercial” (Moreano, 2018, p. 105), la integración nacional e internacional y la formación de un “nuevo aparato ideológico del Estado –el sistema educativo laico, estatal– para la administración y reproducción de la nueva ideología dominante, liberal, positiva, humanista.” (Moreano, 2018, p. 105) La crisis del cacao de los

1920 puso esta definición rápidamente en duda y llevó a la necesidad para la burguesía de recuperar el plusvalor perdido a través de la sobreexplotación del trabajo, especialmente a través de despidos. Además, puso de manifiesto la debilidad ideológica de la burguesía que comenzó a suplantar el vacío del lenguaje liberal y conservador con el socialismo como “la gran reserva verbal” (Moreano, 2018, p. 113). Una menor afectación económica por la crisis mundial del 1929 va de la mano con una politización de la intelectualidad que no lleva a una renovación del estado. Con la Segunda Guerra Mundial, la burguesía se consolida y la integración internacional del país se fortalece. Eso permite una lenta modernización incluyendo una industrialización y una superación de la crisis ideológica. Va de la mano de una concepción tecnocrático-economista que reemplaza la jurídico-política anterior y de un aumento de la pequeña burguesía. La sociedad se mueve del “predominio de las profesiones liberales en una economía en crisis [...] al predominio de los pequeños propietarios y comerciantes y las altas capas tecnocráticas en una fase de auge” (Moreano, 2018, p. 141). Una similar interpretación -basada en tendencias económicas, el rol del



estado, y cambios ideológicos- de la época inmediatamente anterior ofrecen desde Cuenca Carrasco & Vintimilla (1989).

El debate sobre las clases sociales y la estructura social en el Ecuador parece haberse tecnificado: hoy se reduce a los indicadores típicos de ingresos, educación formal, empleo y solo pocas veces pregunta por la relación entre las clases, sus mentalidades o la relación que tienen con el estado. Como trabajo histórico puede ayudar un texto de Ibarra. Él concuerda con algunos de los autores citados anteriormente en que las clases medias son producto de la Revolución liberal. En un principio, parece tratarse de un fenómeno que se desarrolló sobre todo en Quito por su cantidad de empleos burocráticos y que se define por apariencias y la moral. Este auge de la clase media lleva también al crecimiento del Partido Socialista con su “mito de la clase obrera como horizonte doctrinal que definía los discursos políticos de izquierda” (Ibarra, 2008, p. 46). Desde los años 1950, la tendencia al aumento de la clase media se fortalece, fundamentada, especialmente, en la educación pero no tanto en los ingresos. Eso produce una clase media heterogénea y por lo tanto, con poca solidaridad interna.

Revisando el tema de la desigualdad y los clases sociales, podemos destacar que existen tres fases: una primera fase, hasta los años 1950 y 60, se define por conceptos poco claros y debates sobre definiciones. Clase social parece más un continuo psicológico o de comportamiento que una ubicación económica. Al mismo tiempo, hay una conciencia del trasfondo étnico de la formación de las clases sociales en el país. Con el marxismo como paradigma dominante, las clases sociales se entiende desde la lucha de clases y condicionada por ella. Desde los años 1990, el debate sobre la desigualdad en términos de clases sociales se tecnificó y perdió impacto político e inspiración analítica.

### **Marxismo y anti-marxismo**

Un tema de debate particularmente interesante en la sociología ecuatoriana es la recepción del Marxismo. Mientras que algunos pioneros como Belisario Quevedo tenían una amplia base conceptual para entender los debates marxistas de su época (Albornoz Peralta, 2020, pp. 14–15) y otros, como Juan Naula (Albornoz Peralta, 2020, pp. 15–16; Naula, 1921; T. Quevedo, 2021, pp. 9–10) o Antonio Quevedo (1924) demostraron estar al tanto del desarrollo de la

joven Unión Soviética, es más tarde que se da un debate sobre el Marxismo en cuanto teoría. Belisario Quevedo dejó en sus escritos la base para un materialismo histórico, resaltando que la economía es “la causa última en el proceso de los fenómenos sociales” (B. Quevedo, 1932, p. 77) y que política, arte, ciencia se adaptan a la constitución económica de cada sociedad (B. Quevedo, 1932, p. 88).

Pero esta base no siempre fue comprendida. Vaquero Dávila emprende un intento de entender el socialismo, especialmente, en su versión soviética. Llega a la conclusión que el socialismo contradice a la “ley biológica que sustenta y determina las funciones de la vida y le hace al hombre egoísta y agresivo.” (Vaquero Dávila, 1928, p. 311) Para él, la Primera Guerra Mundial fue la causa del socialismo soviético en cuanto “nihilismo ígneo que amenaza destruir por siempre las dinastías y democracias del mundo.” (Vaquero Dávila, 1928, p. 312) Solo puede ser frenado por disciplina y educación en favor de los necesarios sentimientos ego-altruistas que permiten la coexistencia social (Vaquero Dávila, 1928, p. 319). El socialismo con su contenido anti-individualista es, por lo tanto, antinatural y reaccionario, se basa en el odio a la

clase alta y encubre la incapacidad de la clase baja en dirigir la sociedad, causada por su deformación psicológica.

Una reacción a este texto fue más informada. Gonzalo Escudero entiende Marx siguiendo a Fouillé como un hombre-fuerza (Escudero, 1929, p. 79) y distingue la hora profética de Marx de la hora pragmática de Lenin. En este rol, Marx “descendía a los subterráneos de la sociedad que se modifican por las relaciones sociales, las que a su vez están supeditadas a hechos económicos irrefutables.” (Escudero, 1929, p. 83) Distingue al Marx investigador, ocupado con plusvalía y materialismo histórico, del Marx apóstol, dedicado a la lucha de clases. Basándose en Pareto y Worms, Escudero defiende al materialismo de sus interpretaciones simplistas y resalta que no se trata de un determinismo directo como Engels implica, sino de un determinismo histórico más indirecto que ejerce lo material sobre lo espiritual (Escudero, 1929, p. 99).

El académico cuencano Edmundo Cevallos se enfoca en la relación entre materialismo e idealismo. Destaca que “sociológicamente, el marxismo es el estudio del proceso histórico y social bajo el impulso de una fuerza motriz: la

lucha de clases, o sea bajo la influencia del factor económico.” (Cevallos, 1949, p. 14). El materialismo de Marx permite establecer el “nexo dialéctico entre la historia, la naturaleza y el hombre” (Cevallos, 1949, p. 16) – el ser humano es tanto sujeto como objeto de toda acción histórica. Cevallos desmiente la visión simplista de la teleología en el marxismo: mientras que “la sociedad progresa en forma evidente” (Cevallos, 1949, p. 28), lo hace como consecuencia de la historia y de la acción humana y no como automatismo.

En los 1950 comienza a cambiar el panorama. El economista y político del Partido Socialista y, después, fundador del Partido Socialista Revolucionario, Manuel Agustín Aguirre introduce una visión más completa del marxismo que iba a influir a la sociología marxista posterior. Para Aguirre, la ciencia social se basa en el materialismo histórico creado por Marx y Engels. Esta “verdadera ciencia de la sociedad sobre bases materiales” (Aguirre, 2018, p. 172) se contraponen tanto a la tradición comtiana y organicista que busca leyes de la sociedad, como al neokantianismo de la sociología alemana. En la visión de Aguirre, estas bases materiales se dividen en trabajo, fuerzas productivas y

relaciones de producción y son el fundamento de la formación de las clases sociales. Se condensan en una formación económica social de varios modos de producción en jerarquía, “una unidad dialéctica de continuidad y discontinuidad del tiempo histórico” (Aguirre, 2018, p. 174). Aguirre destaca que para Marx no existe una secuencia fija de modos de producción, malentendido que se basa en su descripción del desarrollo en Europa occidental. La formación social es un modelo científico que condensa las leyes generales del capitalismo y es, por ello, aplicable a otras realidades fuera de la europea. Para Aguirre, el hecho de que el modelo estalinista de “desarrollismo evolutivo que ignora las leyes de la dialéctica” (Aguirre, 2018, p. 179) sea el más difundido llevó a errores estratégicos de las izquierdas en América Latina. En lugar de ello, Aguirre propone entender el desarrollo de la región como el paso de una combinación de formaciones precapitalistas a un capitalismo dependiente, excluyendo concepciones de feudalismo para la sociedad moderna.

Con el auge de la sociología crítica en los 1970, el Marxismo deja de ser un tema de debate. Poniendo en práctica la teoría de Kuhn (2004) el paradigma no se discute,

se aplica. Por eso, hay relativamente pocos textos programáticos. Más bien, se trata de aplicaciones no explícitas de un acuerdo común. Mientras que eso va generalmente más allá de los debates "sobre la correcta comprensión de lo que `Marx en realidad quiso decir'" (Campuzano Arteta, 2005, p. 447), hay una tendencia a debates al interior de la izquierda con poco interés en influir actores académicos y políticos externos. La erudita crítica de Moreano (1976) a la teoría de dependencia en favor de un análisis de formaciones sociales y articulación de modos de producción puede ser un ejemplo de ello. Ya no se trata de aclarar el propio acercamiento, se trata de defenderlo contra otras posiciones dentro de la misma izquierda. En este panorama, textos de desarrollo conceptual con claras referencias como Moncayo (1976) son la excepción y no conectan con el debate en general. De hecho, las escuelas de sociología formadas en esta época se entendieron en su gran mayoría como espacios de pensamiento político de izquierda más que espacios de investigación y enseñanza. Rafael Quintero como director de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad Central es probablemente el más claro sobre ello. A nivel académico define el

proyecto contra el cual se dirige la sociología crítica, en concreto "la sociología burguesa pseudo-científica, nacida en virtud de la defensa de los intereses de clase y de dominación." (Quintero, 1977, p. 132) Pero la definición del proyecto intelectual de la sociología crítica no va más allá de ello. Más bien, incluye aspectos organizativos, como "la creación de un espacio [en la Escuela, P.A.] en el cual las organizaciones políticas de izquierda puedan desarrollar sus políticas apoyadas por la institución y sus recursos." (Quintero, 1977, p. 129).

Agustín Cueva, en este momento ya profesor en la UNAM, hace una revisión en clave marxista de la sociología ecuatoriana. Para él, en las sociedades del Sur Global hay en plano intelectual una "acumulación de contradicciones que determina bruscas y constantes rupturas en el plano cultural, impidiendo la sedimentación de una 'tradición' relativamente estable." (Cueva Dávila, 1976, p. 23) Por lo tanto, no existe una tradición sociológica con la cual podría conectarse la sociología crítica de los 1970. Más bien se trata de recuperar "nuestra tradición sociológica de izquierda" (Cueva Dávila, 1976, p. 25), presente en novelas, los partidos de izquierda, el movi-

miento obrero y algunos intelectuales aislados. Esta tradición no es una tradición científica. Es “más la prolongación de una actividad militante que la expresión de una profesionalización del científico social.” (Cueva Dávila, 1976, p. 28) Esta situación, en combinación con una -supuestamente- fuerte presencia de las ciencias sociales burguesas en las instituciones del estado<sup>3</sup>, lleva al peligro de que la sociología crítica “se convierta en introductor de ideología burguesa en el seno del marxismo” (Cueva Dávila, 1976, p. 30). Para evitar ello, recomienda fortalecer la base teórica de las investigaciones para que no caigan “en el campo de las generalidades vagas.” (Cueva Dávila, 1976, p. 31) Por ello, deja una tarea a la sociología ecuatoriana: “aprender el marxismo y aplicarlo consecuentemente al estudio concreto de una realidad concreta.” (Cueva Dávila, 1976, p. 32) Algunos de los textos revisados en los otros temas pueden ser considerados expresión de esta tarea. Aun así, el panorama no cambia sustancialmente. Es recién en los últimos años con textos como Chávez (2021) o T. Quevedo (2021) que se da esta aplicación consecuente en la sociología ecuatoriana.

En el tema del Marxismo sorprende la divergencia no solo de los

aspectos que resaltan los sociólogos, sino también la divergencia del estado de conocimiento que tienen. Algunos, como Belisario Quevedo, Escudero o Aguirre manejan una amplia gama de tendencias sobre la cual forman su posición particular. Otros, y aquí destaca Vaquero Dávila, parecen dejarse guiar por sus prejuicios más que por lecturas. Con el establecimiento del marxismo como paradigma hegemónico en la sociología ecuatoriana, el debate cambia sustancialmente. Ahora, la mayor parte de los textos se dedica a debates internos del marxismo y apenas existen intentos de definir la teoría marxista y sus conceptos de una forma más generalizada.

## Conclusión

Esta revisión necesariamente incompleta de los temas centrales de la sociología ecuatoriana muestra una clara continuidad en los temas centrales. Parece que una revisión de cuatro o cinco temas puede dar una buena impresión de la sociología ecuatoriana en su desarrollo. Esta revisión deja en claro que existe una considerable creatividad conceptual. En ningún momento, la sociología ecuatoriana se reduce a ser mera receptora de teorías fabricadas en otros la-

dos, siempre hay intentos de aplicación a la realidad local. Pero aún dentro de estas continuidades se deja ver una clara tendencia de cambio: con el tiempo, se puede notar una mayor integración de trabajo empírico en los textos.

Una última aclaración: Existe una cierta especialización regional que diverge de los grandes temas de la sociología ecuatoriana. Aquí, Cuenca con su amplia producción sociológica es notoria – más allá de un interés regionalista que no existe en la misma forma en Qui-

to -que parece hacer de centro hegemónico con aspiraciones de universalidad a nivel nacional- hay un desfase en cuanto a los temas y tiempos que son de interés. Así, el Velasquismo es poco discutido, pero el liberalismo alfarista más que en Quito (Carrasco & Vintimilla, 1989; Pacheco, 1982). Lo mismo aplica a los demás centros de sociología en el país – por eso un pedido: si este texto se saltó publicaciones importantes fuera de Quito, no duden en contactar al autor.

## Bibliografía

- Aguirre, M. A. (2018). La ciencia social marxista y América Latina. En *La transformación social y revolucionaria de América Latina* (pp. 171–184). Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; Ediciones La Tierra.
- Albornoz Peralta, O. (2020). Influencia del marxismo y de la Revolución de Octubre en los intelectuales del Ecuador (C. Albornoz & V. Albornoz, Eds.).
- Altmann, P. (2017). Social Sciences between the Systems: The Ecuadorian University between Science, Education, Politics and Economy. *Journal of Interdisciplinary Economics*, 29(1), 48–66. <https://doi.org/10.1177/0260107916674075>
- Altmann, P. (2020). Localization and institutionalization of science. The development of Ecuadorian sociology. En *Trans, Wissen* (Ed.), *Wissen in der Transnationalisierung: Zur Ubiquität und Krise der Übersetzung* (1a ed., pp. 351–368). transcript Verlag. <https://doi.org/10.14361/9783839443804>
- Astudillo, C. (1959). Clases y Castas en el Ecuador. En *Memoria del Primer Congreso de Sociología ecuatoriana* (Vol. 1, pp. 255–296). Casa de la Cultura.
- Bossano, L. (1930). *Apuntes acerca del regionalismo en el Ecuador* (2a ed.). Universidad Central.
- Bossano, L. (1962). Una Modalidad Política de la Sociedad de Masas. *Casa de la Cultura Ecuatoriana. Revista*, 13(23), 7–37.
- Campuzano Arteta, Á. (2005). *Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador: Una crónica sobre educación y modernidad en América Latina.*

- En P. Gentili & B. Levy (Eds.), *Espacio público y privatización del conocimiento*, Estudios sobre políticas universitarias en América Latina (pp. 401–462). CLACSO.
- Carrasco, A., & Vintimilla, M. A. (1989). Sociedad, cultura y proyectos políticos en el Ecuador en el período 1895-1925. *Revista IDIS*, 24, 9–38.
- Cevallos, E. (1949). Marxismo. Algunos de sus aspectos fundamentales (conclusión). *Anales de la Universidad de Cuenca*, 5(3–4), 13–48.
- Chávez, D. (2021). Marxismo relacional y “tercermundización” en Ecuador. En *De los tzantzicos a la crítica ecológica. Un marxismo en el Ecuador por descubrir [PRIMERA PARTE]* (pp. 9–60). CLACSO. <https://www.clacso.org/boletin-7-el-ejercicio-del-pensar/>
- Chiriboga, M. (1983). La cuestión indígena en el Ecuador. *Cuadernos de Nueva*, 7, 122–124.
- Chiriboga, M. (1986). Crisis económica y movimiento campesino e indígena. En *Movimientos sociales en el Ecuador* (pp. 63–91). CLACSO; ILDIS.
- Chiriboga, M. (1987). *Movimiento Campesino e Indígena y Participación Política en Ecuador: La Construcción de Identidades en una Sociedad Heterogénea*. Ecuador Debate, 13, 87–121.
- Cueva Dávila, A. (1970). Interpretación sociológica del velasquismo. *Revista Mexicana de Sociología*, 32(3), 709–736. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.1970.3.58200>
- Cueva Dávila, A. (1976). Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana. *Revista Ciencias Sociales*, 1, 23–32.
- Cueva Dávila, A. (1993). Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: El caso del movimiento indígena. *Revista de Ciencias Humanas*, 9(13), 31–46.
- Cueva Sáenz, A. (1915). Nuestra organización social y la servidumbre. *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*, 25, 26, 27, 29–59.
- Del Campo, E. (1978). Crisis de la hegemonía oligárquica, clases populares y populismo en Ecuador. *Revista Mexicana de Sociología*, 40(3), 1101–1118. <https://doi.org/10.2307/3539677>
- Egas, E. (1990). *La Universidad Central frente a la dictadura 1963-1966*. Universidad Central del Ecuador.
- Escudero, G. (1929). La rectificación sociológica del marxismo. *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*, 126, 79–101.
- Espinosa Tamayo, A. (1979). *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano* (A. A. Roig, Ed.). Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Garcés, V. G. (1932a). *Condiciones Psíquico-Sociales del indio en la Provincia de Imbabura. El Indio, Factor de Nuestra Nacionalidad*. *Anales de la Universidad Central*, 48(280), 516–566.

- Garcés, V. G. (1932b). Condiciones Psíquico-Sociales del indio en la Provincia de Imbabura. El Indio, Factor de Nuestra Nacionalidad. Anales de la Universidad Central, 49(281), 160–174.
- Garcés, V. G. (1934). Significación sociológica del mito. Anales de la Universidad Central, 53(289), 209–231.
- García, L. (1906). La propiedad en su aspecto sociológico [Licenciado de Jurisprudencia]. Universidad Central del Ecuador.
- García Ortiz, H. (s/f). Ensayo sobre la Democracia (pp. 37–64). Imprenta Fernández.
- Guerrero, A., & Quintero, R. (1977). La formación y rol del Estado colonial en la Real Audiencia de Quito: Algunos elementos para su análisis. Revista Mexicana de Sociología, 39(2), 611–674. <https://doi.org/10.2307/3539780>
- Herrera, S. (2020). Los movimientos campesino e indígena en el debate (1960-2018). En P. Ospina Peralta, P. Hollenstein, & S. Latorre (Eds.), Territorios, ruralidades, ambiente y alimentación en Ecuador: Un balance de la investigación (2000-2019) (1. ed, pp. 237–265). Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Ibarra, H. (2008). Notas sobre las clases medias ecuatorianas. Ecuador Debate, 74, 37–61.
- Ibarra Illánz, A. (1986). Políticas Estatales y Población Indígena. Ecuador Debate, 12, 125–150.
- Kuhn, T. (2004). La estructura de las revoluciones científicas. FCE.
- León Trujillo, J. (1994). De campesinos a ciudadanos diferentes: El levantamiento indígena (1. ed). Centro de Investigación de los Movimientos Sociales del Ecuador.
- Maignushca, J., & North, L. (1991). Orígenes y Significado del Velasquismo: Lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972. En R. Quintero (Ed.), La Cuestión regional y el poder (1. ed, pp. 89–160). Corporación Editora Nacional.
- Moncayo, P. (1976). La especificidad del poder en el área de 'subdesarrollo'. Anales de la Universidad Central del Ecuador, 354, 81–99.
- Monsalve Pozo, L. (1943). El Indio. Cuestiones de su vida y su pasión. Editorial Austral.
- Moreano, A. (1976). Latinoamérica. El desarrollo del capitalismo y el pensamiento de izquierda. Ciencias Sociales, 1, 51–94.
- Moreano, A. (1993). El movimiento indio y el estado multinacional. En Los Indios y el Estado-Pais. Pluriculturalidad y multiétnicidad en el Ecuador: Contribuciones al debate (pp. 215–253). Abya-Yala.
- Moreano, A. (2018). Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX en Ecuador. En G. Herrera & B. Echeverría (Eds.), Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo (Primera edición, pp. 105–144). CLACSO.



- Naula, J. (1921). Principios de Sociología Aplicada. Julio Foyain.
- Nisbet, R. A. (1993). The sociological tradition. Transaction Publishers.
- Pacheco, L. (1982). El desarrollo de la Investigación Social en el Ecuador: Apuntes para su estudio. IDIS. Revista del Instituto de Investigaciones Sociales, 10, 51–74.
- Paredes, Á. M. (1953). Biología de las Clases Sociales. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Revista, VI(13), 6–56.
- Polo Bonilla, R. (2012). La crítica y sus objetos: Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990) (1a. edición). FLACSO, Sede Ecuador.
- Prieto, M. (2004). Liberalismo y temor: Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial, 1895-1950 (1. ed). FLACSO, Sede Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Quevedo, A. (1924). Ensayos Sociológicos y Políticos. Editorial Chimborazo.
- Quevedo, B. (1913). Importancia sociológica del concertaje. Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, 1(7), 57–61.
- Quevedo, B. (1932). Sociología, Política y Moral (R. Páez, Ed.). Editorial Bolívar.
- Quevedo, T. (2021). Lecturas e influencia de Marx en la primera mitad del siglo XX en Ecuador. En Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo (Ed.), De los tzantzicos a la crítica ecológica. Un marxismo en el Ecuador por descubrir [SEGUNDA PARTE] (Vol. 2). CLACSO.
- Quintero, R. (1977). Informe de labores del director de la Escuela en el bienio 1974-1976. Ciencias Sociales, 1(2), 127–145.
- Quintero, R. (2004). Nueva crítica al populismo: Limitaciones de la investigación social en torno al populismo (1era. ed). Abya Yala.
- Quintero, R. (2018). El Mito del “Populismo Velasquista” y la Consumación del Pacto Oligárquico. En G. Herrera (Ed.), Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo (Primera edición, pp. 181–212). CLACSO.
- Sarzoza, G. (2014). La emergencia de la sociología como campo de saber en la Universidad Central del Ecuador: 1955 – 1976 [Quito: Flacso Ecuador]. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/6894>
- Vaquero Dávila, J. (1928). La Situación actual y el Socialismo. Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, 125, 309–352.
- Vásquez, J. D. (2022). The Political Sociology of 21st-Century Populism in Latin America: A Critique of the Ecuadorian Case. Critical Sociology, 48(2), 283–298. <https://doi.org/10.1177/08969205211032256>
- Velasco Abad, F. (1975). La estructura económica de la Real Audiencia de Quito. Notas para su análisis. En Instituto de Investigaciones Económicas (Ed.), Ecuador. Pasado y Presente (pp. 61–110). UCE.